

SOBRE EL MÉTODO DIALÉCTICO

El propósito de este breve texto es estimular el interés por los conocidos conceptos del método dialéctico empleados por Marx en sus obras económicas e históricas. Pretende servir de paso intermedio hacia una investigación más amplia, que debe abordar un tema que, lamentablemente, se denomina Filosofía marxista; la dimensión filosófica del marxismo. Tal título contradiría la clara declaración de Engels: "...el materialismo moderno es esencialmente dialéctico, y ya no necesita ninguna filosofía que esté por encima de las demás ciencias..... Lo que subsiste, independientemente de toda filosofía anterior, es la ciencia del pensamiento y sus leyes: la lógica formal y la dialéctica. Todo lo demás está subsumido en la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia".

En un cambio de rumbo decisivo, se afirmó que, al igual que los fenómenos de la naturaleza material se han abordado mediante la investigación experimental y ya no con la evidencia de la revelación y la especulación, sustituyendo así la "filosofía natural" por la ciencia, el mismo procedimiento debe seguirse con respecto a los hechos del mundo humano: la economía, la sociología y la historia se abordan mediante el método científico, eliminando cualquier premisa que implique juicios trascendentes y especulativos.

Dado que la investigación científica y experimental no tendrían sentido si se limitaran al descubrimiento de resultados sin su transmisión y comunicación, los problemas de exposición son tan importantes como los relativos a la investigación. La filosofía podría ser un producto de la reflexión individual, al menos formalmente; la ciencia es una actividad y una realidad colectivas.

El método utilizado para la coordinación y presentación de datos, con el uso del lenguaje así como de otros mecanismos simbólicos más modernos, constituye por tanto una disciplina general también para los marxistas.

Este método, sin embargo, diverge sustancialmente del de las escuelas burguesas modernas que, en su lucha crítica contra la cultura religiosa y escolástica, llegaron a descubrir la dialéctica. En ellas, y sobre todo en Hegel, la dialéctica existe, se encuentra y se descubre en el espíritu humano, con actos de pensamiento puro, y sus leyes, con todas sus ramificaciones, preexisten en el contexto del mundo exterior, ya se considere éste en su dimensión natural o histórica.

Para los materialistas burgueses, el mundo natural material es anterior al pensamiento que lo investiga y lo descubre, pero no fueron capaces de extender esta idea al mismo nivel de comprensión que Hegel alcanzó con respecto a las ciencias humanas y la historia, ni de comprender la importancia del cambio perpetuo en el propio mundo material.

El estudio al que nos referíamos más arriba (el que no se titula "la filosofía del marxismo"), como ya hemos señalado en *Los elementos de la economía marxista*, podría llamarse: El marxismo y la teoría del conocimiento.

Tal estudio tendría, por un lado, que desarrollar más los temas básicos articulados por Engels en *Anti-Dühring* y por Lenin en *Materialismo y Empiriocriticismo*, en conexión con los descubrimientos científicos posteriores a la aparición de estos dos clásicos: por otro lado, tendría que oponerse a la

tendencia dominante en el pensamiento contemporáneo que, inducida por razones de clase para luchar contra la dialéctica determinista en las ciencias sociales, intenta apoyarse en los recientes logros de la física para rechazar el determinismo en general.

Por lo tanto, es necesario, ante todo, que los militantes marxistas conozcan el valor de la dialéctica. La dialéctica afirma que las mismas leyes se aplican tanto a la presentación de los procesos naturales como a la de los históricos. Es necesario rechazar todo supuesto idealista, así como toda pretensión de descubrir en la mente de los hombres (o en la mente del autor del "sistema") reglas irrevocables que tengan primacía sobre la investigación en cualquier campo. Significa reconocer, en el orden causal, el hecho de que las condiciones materiales y físicas de la vida del hombre y de la sociedad determinan y modifican continuamente la forma en que el hombre piensa y siente. Pero también significa ver, en la acción de grupos de hombres en condiciones materiales similares, fuerzas que influyen en la situación social y la modifican. Este es el verdadero sentido del determinismo de Marx. Ningún apóstol o individuo iluminado, sino sólo un "partido de clase", puede, en condiciones históricas particulares, descubrir, no en la mente, sino en la realidad social, las leyes de una futura formación histórica que destruirá la actual. En todos los famosos pronunciamientos de "la teoría que se apodera de las masas y se convierte en una fuerza material" - "el proletariado es el heredero de la filosofía clásica alemana" - "cambiar el mundo en lugar de explicarlo como han hecho los filósofos durante siglos"- es esencial el contenido realista y positivo del método, y es coherente con este contenido rechazar despiadadamente la siguiente tesis: que es posible mediante operaciones puramente mentales establecer leyes a las que tanto la naturaleza como la historia se vean "obligadas" a someterse.

Así pues, no hay nada misterioso ni escatológico en el paso de la necesidad a la voluntad revolucionaria, en la transición del frío análisis de lo que ha sucedido y está sucediendo al llamamiento a la "lucha violenta".

Este viejo y familiar equívoco se elimina a la luz de esos mismos textos y proclamas sobre el curso de la historia en la investigación y los estudios de Marx y Engels; se reivindica la claridad y coherencia lógica de su edificio; y éste encuentra más apoyo, a la luz de los descubrimientos más recientes, en los mundos natural y social, que hoy más que nunca han escapado a las garras de la pedantería metafísica y el romanticismo idealista, y son más explosivos -y revolucionarios- que nunca.

Esbozaremos, pues, algunas notas sobre todo ello, de carácter elemental.

Las notas que siguen reflejan un intento de captar un conocido pasaje de El Capital, el último párrafo del último capítulo, donde se cita la "negación de la negación" para apoyar la transición propiedad individual-capitalismo-socialismo, pasaje que se convirtió en objeto de tan vivo intercambio polémico entre Engels y Dühring.

1. Dialéctica y metafísica

Dialéctica significa conexión o relación. Del mismo modo que existe una relación entre una cosa y otra, entre un acontecimiento y otro en el mundo real, también existe una relación entre los reflejos (más o menos imperfectos) de este mundo real en nuestro pensamiento, y entre las formulaciones que empleamos para describirlo y para almacenar y disfrutar prácticamente de los frutos del conocimiento que así hemos adquirido. En consecuencia, nuestra forma de explicar, razonar, deducir y derivar conclusiones, puede estar guiada y ordenada por ciertas reglas, correspondientes a la interpretación adecuada de la realidad. Tales reglas conforman la lógica que guía las formas de razonamiento; y en un sentido más amplio, conforman la dialéctica que sirve de método para conectarlas con las verdades científicas que hemos adquirido. La lógica y la dialéctica nos ayudan a seguir un camino que no es falso si, después de partir de nuestra manera de formular ciertos resultados de la observación del mundo real, queremos poder enunciar otras propiedades además de las que acabamos de deducir. Si tales propiedades se verifican experimentalmente, se podría decir que nuestras fórmulas y la manera en que las empleamos eran suficientemente exactas.

El método dialéctico es diferente del método científico. Este último, herencia pertinaz del modo anticuado de formular el pensamiento, derivado de concepciones religiosas basadas en la revelación dogmática, presenta los conceptos de las cosas como inmutables, absolutos, eternos, fundados en unos primeros principios, ajenos entre sí y dotados de una especie de vida independiente. Para el método dialéctico, no sólo todo está en movimiento, sino que en movimiento todas las cosas se influyen recíprocamente, y esto vale también para sus conceptos, o los reflejos de estas cosas en nuestra mente, que están "conectados y unidos" (entre sí). La metafísica procede por antinomia, es decir, por términos absolutos opuestos entre sí. Estos términos opuestos nunca pueden mezclarse ni tocarse, ni de su unidad puede surgir nada nuevo que no se reduzca a la simple afirmación de la presencia de uno y la ausencia del otro y viceversa.

Por poner un ejemplo, en las ciencias naturales la inmovilidad se contrapone al movimiento: no puede haber conciliación entre estas dos cosas; en virtud del principio formal de contradicción, lo que está en reposo no se mueve, y lo que se mueve no está en reposo. Pero la Escuela Eleática bajo Zenón ya había puesto al descubierto el fraude de tal distinción que parece tan cierta: la flecha en movimiento, mientras pasa por un punto de su trayectoria, permanece en ese punto, y por tanto no se está moviendo. El barco se mueve con respecto a la orilla, mientras que para el pasajero que camina en el barco no es así: éste está inmóvil con respecto a la orilla, y por tanto no se mueve. Estos llamados sofismas eran demostraciones de las posibilidades de conciliar los opuestos: estasis y movimiento; sólo descomponiendo el movimiento en muchos elementos compuestos de puntos de tiempo y espacio sería posible que las matemáticas infinitesimales y la física moderna no cegada por el método metafísico resolvieran los problemas del movimiento no rectilíneo y no uniforme. Hoy en día, el movimiento y la inmovilidad se consideran términos relativos, y ni el movimiento absoluto ni la inmovilidad absoluta tienen significado alguno.

Otro ejemplo: para la astronomía de la metafísica todos los cuerpos celestes más allá de la esfera de fuego son inmutables e incorruptibles, y sus dimensiones, forma y movimiento permanecerán eternamente inmutables. En cambio, los cuerpos terrestres son cambiantes y corruptibles de mil maneras. No hay reconciliación entre las dos partes opuestas del universo. Hoy sabemos, en cambio, que las mismas leyes de desarrollo rigen para los astros y para la tierra, que es un "pedazo de cielo" sin por ello ganarse ningún misterioso título de nobleza. Para Dante, la influencia de los planetas incorruptibles sobre las vicisitudes de la humanidad corruptible era un gran tema de investigación, mientras que para la ciencia moderna las influencias mutuas entre la Tierra y las demás partes del universo son materia de observación cotidiana, aunque no crea que las peregrinaciones de los astros decidan nuestro destino.

35

Por último, en el ámbito humano y social la metafísica introduce dos principios supremos absolutos: El Bien y el Mal, adquiridos de forma más o menos misteriosa en la conciencia de cada uno, o personificados en seres sobrenaturales. Ya nos hemos referido anteriormente al relativismo de los conceptos morales, a su variabilidad y a cómo cambian según la época, el lugar y la situación de clase.

El método científico, con sus identidades absolutas y sus contradicciones, genera errores groseros, ya que está tradicionalmente arraigado en nuestra forma de pensar, aunque no seamos conscientes de ello. El concepto de las antípodas pareció absurdo durante mucho tiempo, se rieron en la cara de Colón cuando buscó Oriente yendo hacia el Oeste, siempre en nombre de la contradicción formal en los términos. Es, pues, un error metafísico pretender resolver los problemas humanos de una de estas dos maneras, como hacen, por ejemplo, los que contraponen la violencia y el Estado: o bien uno se declara a favor del Estado y a favor de la violencia; o bien en contra del Estado y en contra de la violencia. Sin embargo, dialécticamente, estos problemas se sitúan en el contexto de su momento histórico y se resuelven simultáneamente con fórmulas opuestas, defendiendo el uso de la violencia para abolir la violencia, y utilizando el Estado para abolir el Estado. Los errores de los autoritarios y los errores de los libertarios son, en principio, igualmente metafísicos.

2. La dialéctica idealista y la ciencia Dialéctica

No obstante, la introducción de la dialéctica puede entenderse de dos maneras muy distintas. Enunciada primero por las escuelas cosmológicas más brillantes de la filosofía griega como método para adquirir un conocimiento de la naturaleza que no dependiera de prejuicios apriorísticos, esta forma de dialéctica sucumbió en las escuelas posteriores a la aceptación de la autoridad del corpus aristotélico, no porque Aristóteles no respetara el valor de la dialéctica como forma de interpretar la realidad, sino porque la decadencia científica y el misticismo imperantes en los períodos posteriores fosilizaron e inmovilizaron los descubrimientos aristotélicos.

Suele decirse que la dialéctica resurgió en las escuelas de la filosofía crítica moderna y fructificó en Hegel, de quien Marx se apropió. Pero la dialéctica de estas escuelas filosóficas, aunque lograron con éxito liberar el uso de la razón de los obstáculos formales y verbales de la escolástica, se basaba en el supuesto de que las leyes de la construcción del pensamiento sirven de fundamento para la construcción real del mundo. La ciencia humana buscó

primero en la mente de los hombres las reglas con las que las verdades

reveladas debían conectarse entre sí; luego pasó a categorizar, sobre la base de tal esquema, todas las ideas del mundo externo. La lógica y la dialéctica podían entonces establecer y llevar a cabo sus formulaciones sobre la base de una labor puramente mental: toda ciencia dependía de una metodología de descubrimiento dentro del cerebro del hombre, o, hablando estrictamente, dentro del cerebro del autor individual del sistema. Esta pretensión se justifica con el único argumento de que, en la ciencia, el factor de los elementos externos a estudiar está inevitablemente conectado con el factor de la personalidad humana, a partir del cual toda ciencia está, por tanto, condicionada. En conclusión, el método dialéctico con premisa idealista también tiene carácter metafísico, aunque pretenda llamar a sus construcciones puramente mentales con el nombre de ciencia y no de revelación, o de crítica y no de apriorismos absolutos, o de inmanencia de las posibilidades del pensamiento humano y no de su trascendencia, y esto se aplica también a la evidencia de las religiones y de los sistemas espiritualistas.

Para nosotros, la dialéctica es válida siempre que la aplicación de sus reglas no se vea contradicha por controles experimentales. Su uso es ciertamente necesario, ya que también debemos abordar los descubrimientos de cada ciencia con el instrumento de nuestro lenguaje y nuestro razonamiento (complementados por cálculos matemáticos; para nosotros, sin embargo, las ciencias matemáticas no se basan en las propiedades puras del pensamiento, sino en las propiedades reales de las cosas). Es decir, la dialéctica es una herramienta de explicación y elaboración, no sólo de polémica y didáctica; sirve para defenderse de los errores generados por los métodos tradicionalistas de razonamiento y para lograr el resultado, bastante difícil, de no introducir inadvertidamente en el estudio de las cuestiones datos arbitrarios basados en ideas preconcebidas. Pero la dialéctica es en sí misma un reflejo de la realidad y no puede pretender ser ella misma la fuente de la realidad ni obligar a la realidad a obedecer sus restricciones. La dialéctica pura no nos revelará nada por sí misma, pero posee una enorme ventaja con respecto al método metafísico porque es dinámica, mientras que éste es estático; filma la realidad en lugar de fotografiarla. No sé mucho de un automóvil si sólo sé que su velocidad en un momento dado es de 60 km/hora, si no sé si acelera o frena. Sabría aún menos si sólo conociera el lugar que ocupa en una instantánea. Pero si además sé que se mueve a 60 km/hora, si acelera de 0 a 120 recorrerá en unos segundos una distancia muy larga; si frena, se detendrá tras recorrer unos metros más. La metafísica que me da el dónde y el cuándo del fenómeno no sabe nada comparada con la dialéctica que me ha proporcionado la dependencia entre el dónde (espacio) y el cuándo (tiempo), que se llama velocidad; es decir, la dependencia entre velocidad y tiempo (aceleración). Este proceso lógico corresponde en la teoría matemática funcional a las derivaciones sucesivas.

Si estoy familiarizado con la dialéctica evito dos afirmaciones insensatas: el automóvil se está moviendo, por lo tanto llegará muy lejos en poco tiempo; el automóvil se está moviendo lentamente, por lo tanto en poco tiempo todavía estará cerca. Sin embargo, sería tan ingenuo como el metafísico si, como resultado de mi gusto por la dialéctica, concluyera: el automóvil se mueve, por lo tanto dentro de poco tiempo estará cerca y viceversa. La dialéctica no es el deporte de la paradoja; afirma que una contradicción puede contener una verdad, no que toda contradicción contenga una verdad. En el caso del

automóvil, la dialéctica me advierte de que no puedo concluir basándome en la simple raciocinio, si me faltan otros datos: la dialéctica no sustituye a priori los datos, sino que nos obliga, cuando faltan, a deducirlos a partir de nuevas

observaciones experimentales: en nuestro caso, una segunda medición de la velocidad realizada en algún momento posterior. En el campo de la historia se razona como un metafísico si se dice: el Terror, dados los medios que empleó, fue un movimiento reaccionario; sería, sin embargo, un terrible dialéctico quien juzgara revolucionario al gobierno de Thiers, por ejemplo, en virtud de su violenta represión de los comuneros.

3. La negación de la negación

Volvamos ahora a la negación de la negación. En el método metafísico hay dos principios opuestos pero fijos, y negando uno se obtiene el otro; si luego se niega el segundo principio, se vuelve al primero: dos negaciones equivalen a una afirmación. Por ejemplo: Los espíritus son buenos o malos. Tom niega que Lucifer sea un espíritu maligno. Yo niego lo que dice Tom: por lo tanto afirmo que Lucifer es un espíritu maligno. Esto oscurece las vicisitudes del mito de Jehová, el "vil demiurgo", que arrojó a Satanás al infierno y usurpó el trono del cielo, reflejo primitivo en el pensamiento de los hombres de un derrocamiento de poderes y valores.

37

Desde el punto de vista dialéctico, en el curso de las negaciones y afirmaciones, los términos han cambiado de naturaleza y de posición, y al negar la negación primaria ya no se vuelve a la afirmación primaria pura y simple, sino que se llega a un nuevo resultado. Por ejemplo: en la física aristotélica cada objeto tiende a encontrar su lugar, y por lo tanto los objetos pesados caen hacia abajo; el aire ascendente y el humo no son pesados. Habiéndose metido en la cabeza esta falsa idea, los peripatéticos dijeron infinidad de tonterías para intentar explicar el movimiento del péndulo, que sube y baja en cada oscilación. En cambio, cuando la cuestión se planteaba dialécticamente, se explicaba con mucha más precisión. (Pero para ello no bastaba con pensar; era necesario experimentar, como hizo Galileo).

Los objetos pesados se mueven hacia abajo. Los objetos que no se mueven hacia abajo no son pesados: entonces, ¿el peso del péndulo es pesado o no lo es? Esta era la dificultad de los aristotélicos, pues esta pregunta violaba el sagrado "principio de identidad y contradicción". Si en lugar de ello se dijera que los objetos pesados aceleran hacia abajo, estos objetos también podrían ir en dirección ascendente, sujetos a una deceleración posterior. El péndulo tiene una velocidad conocida, que aumenta en su curso descendente y disminuye mientras está en su curso ascendente. Primero negamos la dirección del movimiento, y después negamos la idea de aceleración. Sin embargo, hemos dado un paso adelante no sólo al adquirir el derecho de afirmar que el péndulo es siempre un objeto pesado, sino sobre todo al descubrir que la pesadez no es la causa del movimiento, sino de la aceleración, descubrimiento que constituye la base de la ciencia moderna gracias a los trabajos de Galileo. Este último, sin embargo, no llegó a esta conclusión practicando la dialéctica, sino midiendo el movimiento de los péndulos: hizo uso de la dialéctica sólo con el propósito de romper la conexión formal y verbal con los antiguos dicta.

Habiendo llegado a la negación de una negación no es necesario pensar que hemos vuelto al punto de partida, sino que debemos considerar, gracias a la dialéctica, que hemos llegado a un nuevo punto: dónde y precisamente cuál es este punto, no lo sabe la dialéctica, sino que sólo puede establecerlo la investigación positiva y experimental.

4. Categorías y "formas *a priori*"

Antes de ilustrar la negación de la negación en el ejemplo social que hemos encontrado en el texto de Marx, debemos señalar una cosa más sobre la arbitrariedad que comparten la metafísica y una dialéctica basada en supuestos idealistas.

Partiendo del supuesto de que sólo conocemos el mundo exterior como resultado de procesos psíquicos, ya se trate del fisicalismo, o de la doctrina que basa el conocimiento en los sentidos, o del idealismo puro que basa el conocimiento en el pensamiento (que llega a concebir, en ciertos sistemas, el mundo exterior como una proyección del pensamiento subjetivo), todas las filosofías tradicionales sostienen que el sistema de cosas que se puede conocer, o la ciencia concreta, se basa en ciertas reglas del pensamiento, que se localizan puramente en nuestro yo. Estos primeros principios, que parecen indiscutibles precisamente por ser indemostrables, se denominan categorías. En el sistema aristotélico (la diferencia entre este significado del término y el uso actual del término clase o categoría es asombrosamente clara) existían diez categorías: sustancia, cantidad, cualidad, relación, espacio, tiempo, posición, propiedad, acción y pasión; formuladas en términos de los interrogatorios: ¿De qué está hecho? ¿Qué tamaño tiene? ¿Cuál es su cualidad? ¿Qué relación guarda con otros de su especie? ¿Dónde está? ¿Cuándo está allí? ¿Cuál es su posición? ¿Cuáles son sus atributos? ¿Qué hace? ¿Qué sufre? (o, ¿qué acción se le está infligiendo?). Por ejemplo: un hombre está, en cuanto a sustancia, vivo y pensante; mide 1,80 metros; es de raza blanca; pesa más que otro hombre; está en Atenas; vive en el año 516; está sentado; lleva armadura; está hablando; está siendo observado por sus ayudantes.

Las categorías aristotélicas fueron posteriormente modificadas y reducidas en número. Kant las representó de forma algo distinta, definiéndolas siempre como "formas *a priori*" del pensamiento con las que la inteligencia humana puede y debe elaborar todos los datos de la experiencia. Según Kant, la experiencia es imposible si no está referida a las dos "instituciones *a priori*", es decir, a la idea de espacio y a la idea de tiempo, que son preexistentes en nuestra mente a todo dato de la experiencia. Pero los descubrimientos posteriores de la ciencia moderna han destruido sucesivamente estos diversos sistemas "*a priori*", y lo han hecho irremediabilmente, aunque la ciencia moderna está lejos de haber dado una respuesta satisfactoria para cada problema, cuya falta se compensaba fabricando "formas *a priori*". Hegel ya era capaz de decir que la cualidad puede reducirse a la cantidad (un hombre es blanco en lugar de negro porque el análisis de su pigmentación muestra una cantidad de pigmento en lugar de otra). A Kant le habría impresionado bastante cómo los físicos (teoría de la relatividad de Einstein) tratan el espacio y el tiempo como una sola magnitud, o cómo, de común acuerdo, remiten el veredicto sobre el matrimonio o el divorcio de las dos categorías irreductibles a

algunos experimentos positivos de física y astronomía, dejando a la señora Inteligencia que se acostumbre al veredicto final.

Marx rechazó el frío empirismo de aquellos pensadores que sólo pretenden recoger los datos del mundo exterior, en forma de tantos descubrimientos separados y aislados, sin intentar sistematizarlos, y sin saber preguntarse si lo que han reunido son resultados fiables de la realidad subjetiva o sólo impresiones dudosas que se inscriben en el tejido de nuestros sentidos. Tal método, al que el pensamiento burgués retrocedió tras sus primeras sistematizaciones audaces, como ocurrió también en el campo económico, se adapta al conservadurismo de quien está en el poder y defiende sus privilegios contra cualquier análisis demasiado corrosivo. No obstante, Marx le atribuyó una gran importancia social, ya que no estaba del todo satisfecho con el materialismo de los enciclopedistas franceses, quienes, a pesar de su vigor revolucionario y sus ataques implacables a los prejuicios religiosos, no se liberaron de la metafísica y fueron incapaces de generar otro socialismo que el de los utopistas, defectuoso en el sentido histórico. Además, Marx, a pesar de haberse inspirado en los resultados de los sistemas alemanes de filosofía crítica, rompió, como él y Engels mencionaron en muchas ocasiones, con su contenido idealista que apenas tocaba los problemas sociales, ruptura que data de alrededor de 1842. La crítica pura alemana compartía con el materialismo del otro lado del Rin el esfuerzo por disipar las fantasías religiosas y liquidar todos los elementos dogmáticos y trascendentes definiendo las posibilidades racionales del hombre; También poseía, además de estas cualidades, el objetivo de derrocar la metafísica, así como una perspectiva general sobre el movimiento de las cosas y los hechos; pero poseía menos poder para generar históricamente una revolución contra el viejo mundo feudal de Alemania, en comparación con el formidable papel desempeñado por los seguidores políticos de Voltaire, Rousseau y D'Alembert. En la orilla oriental del Rin, la clase burguesa era incapaz de pasar de la teoría a la acción; el sistema de Hegel sólo servía para fines preburgueses y reaccionarios; el marxismo cortó este hilo, abogando por la sustitución de la burguesía por una nueva clase, porque la burguesía había agotado sus posibilidades doctrinales y carecía por completo de carácter revolucionario.

Habiendo restablecido así la auténtica posición del marxismo con respecto a las escuelas que le precedieron, demostraremos ahora que sus reservas con respecto al empirismo concreto (sobre todo el de los ingleses) y al materialismo metafísico (sobre todo el de los franceses) no significan en absoluto un aval a la crítica abstracta de los alemanes y a sus confusas investigaciones de las formas a priori..

39

Con respecto a esta cuestión, basta recordar la crítica de Marx a Proudhon, en *La miseria de la filosofía* (1847), en relación con el hegelianismo-kantianismo híbrido de Proudhon. Las categorías del pensamiento y de la mente son casualmente objeto de burla, junto con la pretensión de Proudhon de ser un filósofo (alemán). Marx se burla burlescamente del empirismo y de la filosofía crítica antes mencionados de esta manera: "¡Si los ingleses han transformado a los hombres en sombreros, los alemanes han transformado los sombreros en ideas!".

Lo que sigue, en la "Primera observación", puede describirse a la vez como una espléndida exposición y una crítica radical del método dialéctico de Hegel, que Marx reduce a una inútil "metafísica aplicada". El empirista deja al individuo y al hecho aislados en su esterilidad. El filósofo crítico, por abstracción, se precipita desde el simple dato a todos los elementos y sus límites, y al final se reduce a la "pura categoría lógica". "Si todo lo que existe, todo lo que vive

sobre la tierra y bajo el agua, puede reducirse por abstracción a una categoría lógica -si todo el mundo real puede ahogarse así en un mundo de abstracciones, en el mundo de las categorías lógicas-, ¿quién tiene por qué asombrarse de ello?".

No podemos reproducir todo el pasaje y comentarlo aquí. Basta señalar que, en el materialismo dialéctico, las "categorías lógicas" y las "formas a priori" reciben el mismo tratamiento que las entidades del mundo sobrenatural, los santos y los espíritus de los difuntos recibieron a manos de los pensadores de la burguesía revolucionaria.

5. La negación de la propiedad capitalista

En el pasaje que citamos al final de nuestro estudio de Economía marxista, Dühring quiso pillar al autor en una contradicción, ya que la nueva forma que sustituirá a la propiedad capitalista se denomina primero "propiedad individual" y luego "propiedad social".

Engels restableció correctamente el sentido de estas expresiones distinguiendo entre la propiedad en términos de productos, o bienes de consumo, y la propiedad en términos de instrumentos de producción.

La aplicación del esquema dialéctico de la negación de la negación procede claramente en Marx. Antes de recapitularlo, quisiéramos añadir una pequeña aclaración sobre el significado de los términos empleados. Para nosotros, marxistas, la terminología tiene una gran importancia, ya sea porque siempre estamos pasando de un lenguaje a otro, ya sea porque debido a las exigencias de la polémica o de la propaganda debemos aplicar a menudo el lenguaje propio de diversas teorías.

Debemos, pues, detenernos en tres distinciones terminológicas: los bienes instrumentales frente a los bienes de consumo; la propiedad frente al uso de los primeros y de los segundos; y las distinciones que se dan entre propiedad privada, propiedad individual y propiedad social.

La primera distinción se aplica incluso a la economía de propiedad común. Los productos de la actividad humana o bien se utilizan para el consumo directo, como los alimentos o el vestido; o bien se emplean en otras operaciones constructivas, como una pala o una máquina. La distinción no siempre es fácil de hacer, y hay casos mixtos; por eso todo el mundo entiende cuando distinguimos entre los productos que son bienes de consumo y los que son bienes instrumentales o herramientas.

Lo mejor sería no utilizar el término propiedad para definir la titularidad del bien de consumo en el momento de su uso, aunque matizáramos el término con referencia a sus fines: personales, individuales. Esta propiedad del bien de consumo abarca la relación por la que una persona satisface su hambre con la

comida en la mano y nadie le impide llevársela a la boca. Ni siquiera en las ciencias jurídicas se define tal relación con un bien como propiedad, sino como posesión. La posesión puede ser palpable y material, o puede ser un derecho definido por la ley, pero siempre implica "tener algo en la mano", la disposición física de algo. La propiedad es la relación por la que se dispone de una cosa, sin que esa cosa tenga que estar en posesión física, mediante un título jurídico: el que se deriva de un trozo de papel y de una norma social.

La propiedad está en la misma relación con la posesión que la acción a distancia, en física, está en relación con la acción por contacto, con la presión directa. Del mismo modo que en el término "posesión" también sobreviene un valor jurídico, podemos aplicar una prueba similar, mediante el uso de este concepto práctico de poder comer un trozo de pan o calzarnos los zapatos, al uso del término "disposición" (ya que el término "disposición" tiene la connotación de formación y de orden, que pertenece a otro ámbito). Reservaremos el uso del término propiedad para los bienes instrumentales: herramientas, máquinas, talleres, fábricas, tierras, etc. Aplicando el término propiedad al poder de disponer, por ejemplo, de la propia ropa o del lápiz, el Manifiesto dice que los comunistas quieren abolir la propiedad burguesa, no la propiedad personal.

Tercera distinción: privado, individual, social. El derecho a algo, el poder privado sobre algo, sobre un bien consumible o instrumental (y antes, también sobre las personas y las actividades de otros hombres) significa un derecho que no se extiende a todo el mundo, sino que está reservado sólo a algunas personas. El término privado tiene literalmente una denotación negativa; no la facultad de disfrutar de una cosa, sino la de privar a otros -con el apoyo de la ley- de su disfrute. El régimen de la propiedad privada es aquel en el que algunos son propietarios y muchos más no lo son. En el lenguaje de la época de Dante las letrinas eran conocidas como "uman privati", lugares en los que lo normal es que sólo reine un ocupante, un buen símbolo de las fragantes ideologías de la burguesía.

La propiedad individual no tiene el mismo significado que la propiedad privada. La persona, o el individuo, es concebido por los pensadores sagaces como una persona burguesa, un individuo burgués (El Manifiesto). Pero tenemos un régimen de propiedad individual sólo cuando cada individuo puede obtener la propiedad sobre cualquier cosa, lo que en la época de la burguesía ya no era el caso, a pesar de la hipocresía de las leyes, ni con respecto a los instrumentos de producción, ni con respecto a los bienes de consumo.

La propiedad social, o socialismo, es el sistema en el que ya no existe una relación fija entre ningún bien y una persona o individuo en particular. En este caso sería preferible no hablar de propiedad en absoluto, ya que la forma adjetival de la palabra se refiere a un solo sujeto y no a la generalidad [en las lenguas romances-nota del traductor]. Así, oímos hablar todo el tiempo de propiedad nacional y propiedad estatal, y los marxistas hablamos, para hacernos entender, de propiedad social, colectiva y común..

Continuaremos ahora con la discusión de las tres etapas sociales e históricas presentadas en forma de resumen por Marx al final del primer volumen de El Capital.

Dejemos a un lado las épocas precedentes de la esclavitud y del feudalismo territorial en toda regla en las que, en lugar de una relación de propiedad entre los hombres y las cosas, prevalecía la relación personal entre el hombre y el hombre.

Primera etapa. Una sociedad basada en la producción a pequeña escala, artesanal para los productos manufacturados, campesina para la agricultura. Con respecto a cada trabajador, ya se dedique a la manufactura o a la agricultura: ¿qué relación tiene este trabajador con respecto a las herramientas que utiliza en el ejercicio de su oficio? El campesino es propietario de su pequeña parcela de tierra; el artesano es propietario de sus sencillas herramientas. Por consiguiente, el trabajador dispone de sus instrumentos de producción y es propietario de ellos. ¿Qué relación tiene cada trabajador con los productos de su campo o de su taller? Dispone de ellos libremente; si son bienes de consumo, los utiliza como quiere. Entonces podemos decir correctamente: propiedad individual de los instrumentos de producción, disposición personal sobre los productos.

Segunda etapa. Capitalismo. Se niegan las dos formas anteriores. El trabajador ya no dispone libremente de la tierra, el taller o los instrumentos de producción. Los instrumentos de producción se transforman en propiedad privada de un puñado de industriales, la burguesía. El obrero ya no tiene ningún derecho sobre los productos, aunque éstos adopten la forma de bienes de consumo, que igualmente se han transformado en propiedad del terrateniente o del dueño de la fábrica.

Tercera etapa. Negación de la negación. "Se expropia a los expropiadores"; pero no en el sentido de que se expropia a los capitalistas de los talleres y campos para restablecer una propiedad individual generalizada sobre los instrumentos de producción. Esto no es socialismo; corresponde a la fórmula de "todo hombre propietario" de la pequeña burguesía, y hoy del PCI [Partido Comunista de Italia - nota del traductor]. Los instrumentos de producción se transforman en propiedad social, porque "se conservan las adquisiciones de la época capitalista" que han hecho de la producción una realidad "social". Dejarán de ser propiedad privada. Pero, ¿qué ocurre con los bienes de consumo? Éstos son puestos por la sociedad a disposición general de todos los consumidores, es decir, de cualquier individuo.

En la primera etapa, pues, cada individuo era propietario de pequeñas cantidades de instrumentos de producción, y cada individuo tenía a su disposición bienes y productos de consumo. En la tercera etapa se prohíbe a cada individuo la propiedad privada de los instrumentos de producción, que por su naturaleza son sociales, pero se le asegura la oportunidad -de la que el capitalismo le había privado- de disponer siempre libremente de bienes de consumo. Esto significa que, con la propiedad social de máquinas, fábricas, etc., ha renacido -pero en una forma completamente distinta- la "propiedad individual" de cada trabajador respecto a una parte de los bienes de consumo que existía en la sociedad artesanal-campesina precapitalista, relación que ya no es privada, sino social.

Las dos negaciones no nos han conducido de nuevo al punto de partida de la economía, a la producción dispersa y atomizada, sino mucho más allá y a un nivel superior, a la gestión comunista de todos los bienes, en la que, por fin, los términos propiedad, mercancía y parte personal ya no tienen ningún significado.

6. Teoría del conocimiento

Para los fines de nuestra investigación metodológica, la refutación de Engels a Dühring es de importancia capital, ahora que hemos aclarado el esbozo de Marx de la trascendencia histórica.

"Es sólo en este punto, después de que Marx ha completado su prueba sobre la base de los hechos históricos y económicos", que Marx caracteriza "el proceso como la negación de la negación ... después de haber demostrado a partir de la historia que, de hecho, el proceso en parte ya ha ocurrido, y en parte debe ocurrir en el futuro, él además lo caracteriza como un proceso que

se desarrolla de acuerdo con una ley dialéctica definida." No pretende "que la negación de la negación tenga que servir aquí de comadrona para sacar el futuro del vientre del pasado" ni quiere "que nadie se convenza de la necesidad de la propiedad común de la tierra y el capital (que es en sí misma una contradicción dühringiana en forma corpórea) sobre la base de la creencia en la negación de la negación".

Para concluir, la dialéctica nos es útil (como dice Marx en el Prefacio de El Capital), ya se trate de explicar cómo se consolida la investigación analítica, ya de destruir los obstáculos que plantean las formas teóricas tradicionales. La dialéctica de Marx es la fuerza destructiva más poderosa. Los filósofos se afanaban en construir sistemas. Los revolucionarios dialécticos destruyen por la fuerza las formas consolidadas que bloquean el camino hacia el futuro. La dialéctica es el arma para destruir barreras que, una vez destrozadas, rompen también el hechizo de la eterna inmutabilidad de las formas de pensamiento, que se revelan constantemente cambiantes, y se expresan en la transformación revolucionaria de las formas sociales.

Nuestra metodología cognoscitiva debe llevarnos al polo opuesto de una afirmación que citaremos de una fuente no menos decisiva que Benedetto Croce, en un apasionado ataque a las obras de divulgación del materialismo dialéctico publicadas por fuentes estalinistas. "La dialéctica sólo tiene cabida en la relación entre categorías mentales y está destinada a resolver el antiguo y enconado, y al parecer casi desesperado dualismo entre valor y no valor, verdadero y falso, bueno y malo, positivo y negativo, ser y no ser".

Para nosotros -por el contrario- la dialéctica tiene cabida en aquellas representaciones sujetas a continuo cambio, con las que el pensamiento humano refleja los procesos de la naturaleza y narra su historia. Estas representaciones son un conjunto de relaciones, o transformaciones, accesibles a un método que en nada difiere del que es válido para comprender cómo se influyen mutuamente dos dominios del mundo material.

Cuando el pensamiento conservador "moderno" trató de combinar los poderes del empirismo y la crítica en una negación común de la posibilidad de conocimiento de las leyes tanto de la naturaleza como de la sociedad humana, fue Lenin quien respondió llamando la atención sobre este engaño contrarrevolucionario y proporcionó rápidamente el remedio.

El actual orden de poder en Rusia, ligado al conformismo de las posiciones establecidas, carece de toda posibilidad de llevar adelante esta lucha, también en el mundo científico: la petulante defensa y ofensiva que ofrece la escuela

marxista en el terreno de la teoría está amenazada de destrucción por el contraataque desesperado de la intelectualidad capitalista mundial y su vasto aparato de propaganda, si no se construyen nuevas bases para un trabajo partidario radical, libre de dirigir la llama de la dialéctica a las costuras que mantienen unidas las estructuras artificiales del privilegio y la fe metafísica en las novedades infalibles.

La doctrina de la revolución comunista no requiere ni sacerdote ni Meca.